Imprimir

La reunión de hoy de Xi Jinping, con Vladimir Putin y Donald Trump, en la ciudad china de Shenzhen, ha sido comparada por la prensa europea occidental con la Cumbre de Yalta. Quienes así la califican temen que en la misma se proceda a un reparto del mundo en zonas de influencia. La comparación ilumina y al mismo oscurece. Son muchas las diferencias entre el 1945 cuando se celebró la de Yalta y este año fatídico de 2026, a punto de expirar. El solo recuento de los protagonistas y de los participantes arroja luz sobre las diferencias. En Yalta estuvieron Winston Churchill de la Gran Bretaña, Franklin Delano Roosevelt de Estados Unidos de América y José Stalin, de la Unión Soviética. En Shenzhen estarán Xi Jinping de China, Vladimir Putin de Rusia y Donald Trump de Estados Unidos. El hecho de que China esté por primera vez en esta clase de cumbres entre las mayores potencias mundiales es en sí mismo elocuente. China no estuvo en Yalta ni en la siguiente cumbre tripartita de Postdam del mismo año, a pesar de que estuvo combatiendo con Japón desde el año de 1931 y lo seguiría combatiendo hasta su rendición el 9 de agosto de 1945, cuando oficialmente terminó la Segunda Guerra Mundial.

Su presencia en la cumbre de Shenzhen y, encima, como anfitriona, es una prueba clamorosa de que, su elevación desde el sojuzgamiento y la miseria hasta el rango de primera o segunda potencia del mundo, es ciertamente el acontecimiento histórico más importante ocurrido a escala mundial desde el fin precisamente de la Segunda Guerra Mundial. Su encumbramiento por sí solo ha puesto en cuestión a todo el orden mundial basado en los resultados de aquella devastadora contienda. Pero no porque China está empeñada en demolerlo, todo lo contrario, sí por culpa de Estados Unidos que, desde la administración Obama, ha emprendido una estrategia de “contención” que suma medidas económicas, políticas, diplomáticas e incluso militares destinadas a bloquear el desarrollo económico de China y a sabotear sus relaciones económicas, financieras, políticas y diplomáticas con el resto de los países del mundo. Para no saturar esta columna con la larga lista de dichas medidas, me limito a una medida arbitraria que nos toca de lleno: la firma en Barranquilla del *Memorando de entendimiento* de los gobiernos de Colombia y Estados Unidos sobre la explotación de los recursos minerales de nuestro país, que excluye a las empresas chinas del acceso a los mismos.

Estados Unidos que se encumbró como primera potencia económica, científica y tecnológica del mundo con la defensa del libre comercio, la ONU y la legalidad internacional, ahora es el principal adversario de estos logros. China, en cambio, prevalida de su condición de "taller del mundo", hace exactamente lo contrario: defiende la ONU, la legalidad internacional y el libre comercio. Y hace aún más: defiende la independencia, la soberanía nacional, la integridad territorial de todos los países y la no injerencia en sus asuntos internos. China celebra el advenimiento de un mundo multipolar, mientras que Estados Unidos se empeña por todos los medios a su alcance, incluida desde luego la agresión militar (remember Irán), por mantener en pie la hegemonía mundial incontestada que alcanzó en 1991 con el desplome de la Unión Soviética.

Ya dije que en Yalta no estaba China, pero tampoco la Francia dirigida por el general Charles De Gaulle. Roosvelt vetó su presencia, demandada por Churchill, porque consideraba que no merecía un lugar entre los vencedores, el país que había capitulado ante Alemania en mayo de 1940 después de apenas seis semanas de combates y que solo se había unido de nuevo a la guerra contra ella en el verano de 1944, nueve meses antes de la capitulación incondicional de esta última. Ese fue su argumento, pero hay analistas e historiadores que piensan que Roosvelt no tenía el más mínimo interés en que Francia pudiera restaurar su imperio colonial en África y el sudeste asiático sin antes rendirle pleitesía. Se especula que Stalin habría preferido que Francia estuviera presente, pero el hecho es que prefirió callar.

En Shenzhen quien falta es Europa occidental. Y no lo digo yo, lo dijo el primer ministro de Polonia hace un par de días, quien se quejó amargamente de que en Shenzhen estuviera Rusia, a su juicio, una potencia menor, y no la Unión Europea, que sí es una superpotencia. "La cumbre, concluyó, tendría que ser entre Estados Unidos, la Unión Europea y China". Así, en abstracto, no le falta del todo razón. El problema es que la UE no ha respondido todavía a la pregunta que formuló hace muchos años Henry Kissinger, el asesor de seguridad nacional del presidente Richard Nixon: "Cuándo quiero hablar con Europa ¿con quién tengo que hablar?"

El problema resurgió la semana pasada, cuando, a raíz de la reunión en Abu Dabi de

delegados de Estados Unidos, Rusia y Ucrania para buscar una salida negociada al conflicto ucraniano, se planteó la necesidad de que Europa participe en estas negociaciones. Pero ¿quién podría hablar por todos? En principio, debería ser Kaja Kallas, la responsable de relaciones internacionales de la UE o en su defecto Antonio Costa, el presidente del Consejo de la UE o la todopoderosa Úrsula von der Leyen, la presidenta de la Comisión Europea. El problema es que Gran Bretaña, que está comprometida hasta las cejas con el régimen de Kiev, no forma parte de la UE y no quiere quedarse al margen de la negociación. Emmanuel Macron por su parte, se apresuró a declarar que Francia sería la representante de Europa en dichas negociaciones. Un aro por el que no querían pasar ni Gran Bretaña ni mucho menos Alemania. Para resolver el altercado, se reunieron todos en Dublín y parieron un ratón. Crearon una comisión negociadora de cinco miembros digamos principales: Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia y Polonia, más un representante del Consejo y otro de la Comisión Europea. La respuesta de Dimitri Peskov, el vocero del Kremlin, fue inmediata. Rusia esperaba que los europeos “nombraran un único representante con las facultades suficientes para entablar negociaciones constructivas”. Y yo, cuando supe la noticia, recordé este chiste: “Un camello es un dromedario diseñado por un comité”.

En fin, bromas aparte, lo cierto es que la Europa occidental no puede jugar en la escena internacional el papel político independiente que podría desempeñar, dado su poderío económico y científico- técnico, mientras permanezca así de fragmentada. O avanza hacia unos Estados Unidos de Europa o queda reducida a interpretar un papel secundario. Entre tanto China, Estados Unidos y Rusia seguirán marcando la pauta.

Pero quizás la diferencia crucial entre las cumbres de Yalta y Shenzhen la ponga el hecho de que en Yalta se reunieron los vencedores de una guerra que ya estaba a punto de terminar, para acordar, en la medida de lo posible, los términos del orden mundial de la postguerra. En Shenzhen, en cambio, quienes se reúnen están enfrentados entre sí, en el marco de lo que suele calificarse de “guerra hibrida”. Caliente, muy caliente en Ucrania e Irán, fría o encubierta en el resto del mundo donde se libra como guerra comercial. Colombia, por solo hablar de nuevo de nosotros, está implicada en la guerra de Ucrania, por el numeroso contingente de mercenarios, formados en nuestra propia guerra, que combaten del lado del

régimen de Kiev. Así como por el hecho de que los asesores militares israelíes han vuelto o están a punto de volver. Incluso circulan versiones sobre la presencia de asesores militares ucranianos en nuestro territorio. Y la implicación en la guerra comercial que Estados Unidos libra con Rusia y China se manifiesta entre nosotros como aceptación de las sanciones impuestas por Washington a Rusia y en la firma del citado *Memorando de entendimiento*, que veta las inversiones chinas en el ámbito de la minería. Y lo que digo de nosotros puede decirse de la inmensa mayoría de los países del mundo. Desde hace ya cuatro años largos todos enfrentamos la disyuntiva de aplicar las sanciones y vetos impuestos por Washington o exponernos a que seamos las próximas víctimas de tales medidas coercitivas.

Es en el contexto de esta guerra hibrida, que se reúnen en Shenzhen los principales protagonistas de la misma. Pero yo no soy el único analista que desconfía de que el resultado de la misma sea un gran acuerdo que ponga fin al enfrentamiento. Sobre todo, dado el escaso o nulo margen de maniobra del presidente Trump. Viene de ser derrotado estruendosamente en las elecciones del midterm, han destituido a Jengsen Huang, quien, desde la dirección de la estratégica empresa Nvidia, presionaba por levantar el veto de las exportaciones de microchip a China, el Pentágono ha anunciado la producción de una nueva arma nuclear, y los medios hegemónicos están adelantado una virulenta campaña de desinformación centrada en los supuestos ciberataques de Irán a infraestructuras críticas de Estados Unidos. Con tantos factores en contra es muy difícil, si es que no imposible, que Trump suscriba un acuerdo, o al menos una declaración conjunta, que implique un compromiso serio con la salida negociada a las guerras de Ucrania e Irán, un alivio a las sanciones que padecen actualmente Rusia e Irán y una pausa en la guerra comercial con China.

Creo que lo único que se puede esperar, es lo que ya se consiguió con la celebración de esta cumbre: cumplir el deseo actual tanto de Rusia como de China de mantener canales abiertos de diálogo e intercambio de informaciones entre las tres superpotencias. No resuelve la guerra, pero al menos, mantiene las puertas abiertas a una negociación que pueda ponerle fin. China piensa que esas futuras negociaciones tendrán éxito, si dan lugar a que sus relaciones con Estados Unidos, se estabilice en términos que permita que la inevitable

competencia económica y tecnológica no sea desbordada por el conflicto.

NB. He escrito estas líneas sin conocer el resultado final de la Cumbre.

Carlos Jiménez

Foto tomada de: CNN en Español